

pueblos en sus deberes y limitémonos á llenar los nuestros; pues no tenemos necesidad de saber más.

Oh virtud, ciencia sublime de las almas sencillas, ¿son necesarios tantos trabajos y tanto aparato para conocerte? ¿No están grabados tus principios en todos los corazones? ¿Y no basta para aprender tus leyes entrar en uno mismo y escuchar la voz de la propia conciencia en el silencio de las pasiones? He aquí la verdadera filosofía: sepamos contentarnos con ella, y sin envidiar la gloria de los hombres célebres que se inmortalizan en la república de las letras, tratemos de poner entre ellos y nosotros aquella distinción gloriosa que se observaba antiguamente entre dos grandes pueblos, uno de los cuales sabía bien decir y el otro bien obrar.

CARTA AL ABATE RAYNAL

AUTOR DEL «MERCURE DE FRANCE» (19)

Debo, señor, dar muy expresivas gracias á los que os han remitido las observaciones que habeis tenido la bondad de comunicarme y que procuraré me sean útiles. Os confesaré, sin embargo, que encuentro á mis censores un poco severos con mi lógica, y sospecho que se habrían mostrado menos escrupulosos si yo hubiese sido de su parecer. Hasta se me antoja que si ellos tuviesen algo de la exactitud rigurosa que de mí exigen, no necesitaría yo pedirles aclaración alguna. Así dicen que prefiero la situación en que se hallaba Europa antes de la renovación de las ciencias, estado peor que la ignorancia, por el falso saber y la jerga que reinaba entonces. El autor de esta observación me hace decir que el falso saber (la jerga escolástica) es preferible á la ciencia, cuando yo dije precisamente que es peor que la ignorancia. Pero ¿qué entiende por la palabra *situación*? ¿La aplica á las luces, ó á las costumbres, ó confunde estas cosas que yo me he esforzado en distinguir con tanto cuidado? Por lo demás, como este es el fondo de la cuestión, reconozco que hubo en mí cierta torpeza en haber insistido en el primer extremo sobre todo.

Añaden que prefiero la rusticidad á la cortesía

(y es cierto que prefiero la rusticidad á la orgullosa y falsa cortesía de nuestro siglo) y que hago tabla rasa de todos los sabios y artistas. Sea, puesto que así se quiere: yo consiento en suprimir todas las distinciones que había emitido á este propósito.

Acrescientan que hubiera debido «marcar el punto de partida en la designación de la época de la decadencia.» Hice más: convertí en general la proposición: asigné el primer grado de la decadencia de las costumbres al primer momento de la cultura de las letras en todos los países del mundo, y encontré el progreso de ambas cosas siempre en proporción. «Y remontando á esa primera época, debió comparar sus costumbres con las nuestras.» La comparación es factible, pero habría requerido un volumen en cuarto. «Sin esto, no vemos hasta dónde hay que remontar, como no sea hasta el tiempo de los apóstoles.» Por mi parte, no veo el inconveniente que en ello pudiera haber, siendo el hecho verdadero. Pero pido justicia al censor para rogarle me manifieste si quería que yo hubiese dicho que el tiempo de la más profunda ignorancia era el de los apóstoles.

Afirman todavía, con relación al lujo, que en buena política debe ser prohibido en los pequeños Estados, pero el caso de un reino tal como Francia, por ejemplo, es muy distinto, por razones que nadie ignora. Motivo tendría yo de quejarme; pues las razones de referencia son cabalmente aquellas á las cuales he tratado de contestar. Mal ó bien, he contestado, y difícil sería dar á un escritor prueba mayor de desprecio que

replicarle con los mismos argumentos que él ha refutado. La dificultad que hay que resolver es ésta: ¿Que será de la virtud cuando haya que enriquecerse á cualquier precio? Tal es lo que he preguntado y lo que pregunto todavía.

En cuanto á las dos observaciones siguientes, la primera de las cuales empieza por estas palabras: *en fin, he aquí lo que se objeta*, etc., y la otra: *pero lo que más asombra*, etc., ruego al lector me dispense del trabajo de transcribirlas. La Academia me había preguntado si el restablecimiento de las ciencias y de las artes ha contribuído á purificar las costumbres. Esta es la cuestión que tenía que resolver, y no puede menos de extrañarme que se me acuse de no haber resuelto otra. A la verdad, semejante crítica es singular cuando menos. Y con todo, casi tengo que pedir perdón al lector de haberla previsto, porque esto es lo que podría creer leyendo las cinco ó seis últimas páginas de mi discurso. Por lo demás, si mis censores se obstinan en desear aún conclusiones prácticas, les prometo enunciarlas muy claramente en mi primera respuesta.

Sobre la inutilidad de las leyes suntuarias para desarraigar el lujo una vez establecido, se hace notar que *no ignoro lo que sobre ello puede alegarse*. Verdaderamente, no ignoro que cuando un hombre ha muerto, no es necesario llamar al médico. *No merece la pena sacar á luz verdades que chocan tan de frente con el gusto general, é importa quitar todo asidero al embrollo*. No comparto esta opinión por completo, y creo que se debe dejar sus juegos de taba á los niños. *Hay,*

además, lectores que las preferirían expuestas en un estilo enteramente unido, y no bajo el traje de ceremonia que exigen los discursos académicos. Comparto el gusto de los lectores y con el sentir de los censores me conformo.

No sé cuál es el adversario con que se me amenaza en el *post-scriptum*. Sea quien fuere, no me determinaré á responder á una obra antes de haberla leído, ni á tenerme por vencido antes de haber sido atacado. Amén de esto, sea que responda á las críticas que se me anuncian, sea que me contente con publicar la obra aumentada que se me pide, advierto á mis censores que podrían muy bien no encontrar en ella las modificaciones que esperan, y preveo que, cuando llegue la ocasión de defenderme, sacaré sin escrúpulo todas las consecuencias de mis principios. Asimismo preveo las grandes palabras con que se me combatirá: luces, conocimientos, leyes, moral, razón, deferencias, dulzuras, amenidad, cortesía, educación, etc. A todo ello no responderé más que por otras dos palabras que suenan mucho más fuerte en mi oído. Y exclamaré sin cesar: *¡Virtud, verdad; verdad, virtud!* Si alguien no ve aquí más que palabras, nada más tengo que decirle.

CARTA Á GRIMM

SOBRE LA REFUTACIÓN DEL «DISCOURS» POR GAUTIER, PROFESOR DE MATEMÁTICAS Y DE HISTORIA, Y MIEMBRO DE LA ACADEMIA REAL DE BELLAS LETRAS DE NANCY.

Os devuelvo, señor, el *Mercure* de Octubre que habéis tenido la bondad de prestarme. He leído con mucho gusto la refutación que Gautier ha hecho de mi discurso; pero no creo estar, como pretendéis, en la necesidad de responder á ella, y he aquí mis objeciones.

La primera, es que no puedo persuadirme de que para tener razón sea indispensable hablar el último. Amén de esto, cuanto más leo la refutación, más convencido estoy de que no debo dar á Gautier otra réplica que el mismo discurso á que él ha replicado. Leed, os ruego, en uno y otro escrito los artículos del lujo, de la guerra, de las academias y de la educación; leed la prosopopeya de Luis el Grande y la de Fabricio; en fin, leed la conclusión de Gautier y la mía, y comprenderéis lo que quiero decir.

Pienso en todo de tan distinta manera á Gautier que si me fuese preciso anotar todos los lugares en que no estamos de acuerdo, me vería obligado á combatirle aún en las cosas que no hubiera dicho

como él, y esto me daría un aspecto de contradictor que quisiera poder evitar. Por ejemplo, hablando de la política, da á entender muy claramente que para llegar á ser hombre honrado, conviene comenzar por ser hipócrita, y que la falsedad es un camino seguro para llegar á la virtud. Dice también que los vicios adornados por la cortesía no son contagiosos, como lo serían si se presentaran de frente con rusticidad; que el arte de penetrar á los hombres ha hecho el mismo progreso que el de fingir ante ellos rectitud; que está convencido de que no se debe contar con nuestros semejantes, á menos de no colocarse en el punto de vista de la utilidad; que no hay para qué no tomar como son las ofertas especiosas de la cortesía, esto es, que cuando dos hombres se dirigen cumplimientos y el uno dice al otro en el fondo de su corazón: «Os trato como á un tonto y me burlo de vos», el otro le responde en el fondo del suyo: «Sé que mentís imprudentemente, pero os vuelvo la oración por pasiva.» Si yo hubiera querido emplear la ironía más amarga, hubiera podido decir casi lo mismo.

Se ve en cada página de la refutación que el autor no entiende ó no quiere entender la obra que refuta, lo que seguramente es bastante cómodo, porque, respondiendo sin cesar á su pensamiento y jamás al mío, tiene la mejor ocasión del mundo para decir todo lo que le agrada. Por otra parte, si mi réplica se hace más difícil, se hace también menos necesaria, porque jamás se ha oído decir que un pintor que expone al público un cuadro esté obligado á analizar los ojos de los espectadores y proveer de anteojos á todos los que los necesitan.

Además, no es seguro que me hiciese entender, ni aun replicando. Por ejemplo, yo sé, diría á Gautier, que nuestros soldados no son Reaumurs y Fontenelles. ¡Pues tanto peor para ellos, para nosotros y, sobre todo, para los enemigos! Sé que no saben nada, que son brutales y groseros y, con todo, he dicho, y lo digo aún, que están enervados por las ciencias que desprecian y por las bellas artes que ignoran. Este es uno de los grandes inconvenientes de la cultura de las letras que, por algunos hombres que ilustran, corrompen á toda una nación. Ahora bien: ya véis, señor, que esto no sería más que otra paradoja inexplicable para Gautier, para ese Gautier que me pregunta altivamente lo que tienen de común las tropas con las academias; si los soldados serán más valientes por estar mal vestidos y mal alimentados; lo que yo quiero decir, al adelantar que á fuerza de honrar á los talentos se descuida la virtud, y otras cuestiones parecidas, todas las cuales muestran que es imposible responder á ellas inteligiblemente y á gusto de quien las propone. Creo que convendréis conmigo en que no vale la pena explicarse por segunda vez para no ser mejor entendido que la primera.

El querer responder á la primera parte de la refutación, sería el mejor medio de no acabar nunca. Gautier juzga muy de propósito prescribirme los autores que puedo citar y aquéllos que es preciso que rechace. Su elección es admirablemente natural: recusa la autoridad de aquellos que propongo y quiere que me refiera á los que cree serme contrarios. En vano trataría yo de hacerle enten-

der que un sólo testimonio en mi favor es decisivo mientras que cien testimonios no prueban nada contra mi sentir, porque los testigos son partes en el proceso; en vano le rogaría distinguir en los ejemplos que él alega; en vano le representaría que ser bárbaro ó criminal son dos cosas completamente diferentes, y que los pueblos verdaderamente corrompidos no son los que tienen malas leyes, sino los que desprecian las leyes existentes. Su réplica es fácil de prever. ¿Cómo dar fe á escritores escandalosos, que se atreven á alabar á bárbaros que no saben leer ni escribir? ¿Cómo suponer pudor á los que van completamente desnudos y virtud á los que comen cruda la carne? Sería preciso, pues, discutir: he aquí á Herodoto, Estrabon, Pomponio Mela, en pugna con Jenofonte, Justino, Quinto Curcio, Tácito; y henos aquí, por ende, en las investigaciones de los críticos, en las antigüedades, en la erudición. Los folletos se transforman en volúmenes, los libros se multiplican, y la cuestión se olvida. Tal es la suerte de las disputas de la literatura, que, después de los infolios de ilustraciones, acaba siempre uno por no saber dónde se halla, y para esto no valía la pena comenzar.

Si yo quisiera replicar á la segunda parte, lo haría bien pronto, pero no enseñaría nada á nadie. Gautier se contenta, para refutarme, con decir *sí* á todo lo que yo digo *no*, y *no* á todo lo que yo digo *sí*: no me resta, pues, más que decir no donde había dicho no y *sí* donde había dicho *sí*, y suprimir las pruebas: con que habría respondido muy exactamente. Siguiendo el método de Gau-

tier, no puedo responder á las dos partes de la refutación sin decir demasiado ó demasiado poco; empero ni lo uno ni lo otro quisiera hacer.

Podría seguir otro método y examinar separadamente los razonamientos de Gautier y el estilo de la refutación. Si examinase sus razonamientos, me sería fácil demostrar que todos son falsos, y que el autor no se he penetrado del estado de la cuestión y no me ha entendido. Por ejemplo, Gautier se toma la molestia de enseñarme que hay pueblos viciosos que no son sabios, y yo no había dudado que los kamulcos, los beduinos, y los cafres distaban mucho de ser pródigos en virtud y en erudición. Si Gautier se hubiera tomado el mismo cuidado en demostrarme la existencia de algún pueblo sabio, que no fuese vicioso, me hubiera sorprendido más. Me hace razonar en todo como si yo hubiese dicho que la ciencia es el único origen de la corrupción entre los hombres: si ha creído eso de buena fe, admiro la bondad que ha tenido en responderme.

Afirma que el comercio del mundo basta para adquirir esa cortesía de que se vanagloria un hombre galante; de donde deduce que no hay por qué atribuir su origen á las ciencias. Pero entonces ¿dónde buscar este origen? Desde que los hombres viven en sociedad ha habido pueblos corteses y otros que no lo eran; Gautier ha olvidado darnos razón de esta diferencia.

Admírase Gautier de la pureza de nuestras costumbres actuales. Esta buena opinión honra mucho seguramente á las suyas, pero no demuestra gran experiencia. Diríase, al considerar el tono en que

habla, que ha estudiado á los hombres, como los peripatéticos estudian la física, sin salir de su gabinete. En cuanto á mí, he cerrado mis libros, y después de haber oído hablar de los hombres, los he visto obrar. No debe sorprender que, habiendo seguido métodos tan diferentes, nos encontremos tan distanciados en nuestros juicios. Reconozco que es difícil emplear un lenguaje más honrado que el de nuestro siglo, y he aquí lo que sorprende á Gautier; pero reconozco á la vez que es difícil tener costumbres más corrompidas, y he aquí lo que le escandaliza. ¿Pensamos, pues, en convertirnos en gentes de bien porque, á fuerza de dar nombres decentes á nuestros vicios, hemos aprendido á no ruborizarnos?

Observa también que aun cuando se pudiera probar por hechos que la disolución de las costumbres ha reinado siempre concomitantemente con las ciencias, no se seguiría de esto que la suerte de la probidad depende de su progreso. Después de haber empleado la primera parte de mi discurso en probar que estas cosas habían andado siempre juntas, destiné la segunda á demostrar que, en efecto, lo uno implicaba lo otro. ¿Qué es, pues, lo que yo podría imaginar que Gautier quiere responderme aquí?

Mé parece, sobre todo, muy escandalizado de la manera con que ha hablado de los colegios. Me dice que se enseña en ellos á los jóvenes yo no sé cuantas cosas bellas que pueden ser un buen origen para su entretenimiento cuando sean adultos, pero cosas que confieso no ver la relación que tengan con los deberes de los ciudadanos, en que

convendría empezar por instruirles. «No nos engañemos voluntariamente. ¿Sabe griego ó latín? ¿Escribe en verso ó en prosa? Pero el que haya llegado á ser mejor ó más avisado, he aquí lo principal y lo que precisamente se pospone á todo. Gritad á un pasante de vuestro pueblo: ¡Oh que sabio hombre! y á otro: ¡Oh el buen hombre! y no hay que decir que todos volverán sus ojos y concederán su respeto al primero. Requeriríase un tercero que gritase: ¡Oh las cabezas torpest!» (20).

He dicho que la naturaleza ha querido preservarnos de la ciencia como una madre arranca un arma peligrosa de las manos de su hijo, y que el trabajo que nos cuesta instruirnos no es el menor de sus beneficios. A Gautier le habría agradado mucho que yo hubiera dicho: «Pueblos, sabed de una vez que la naturaleza no quiere que os alimentéis de las producciones de la tierra; el trabajo que cuesta su cultivo es una advertencia para que la dejéis sin cultivar.» Gautier no ha pensado que con un poco de trabajo se está seguro de hacer pan, pero que con mucho estudio es muy dudoso que se consiga hacer un hombre razonable. No ha tenido en cuenta que esto es precisamente una observación más en mi favor, porque la naturaleza no nos ha impuesto trabajos necesarios sino es cabalmente para separarnos de ocupaciones ociosas. Pero en el desprecio que él muestra por la agricultura se vé fácilmente que, si muchos fuesen de su opinión, los labradores desertarían bien pronto de los campos para ir á argumentar en las escuelas: ocupación, según Gautier, y según

varios profesores, á lo que creo, bastante importante para la felicidad del Estado.

Razonando sobre un pasaje de Platón, presumí que tal vez los antiguos egipcios no hiciesen de las ciencias todo el caso que se hubiera podido creer. El autor de la refutación me pregunta cómo poner de acuerdo esta opinión con la inscripción que Osimandias colocó en su biblioteca. Tal dificultad hubiera podido ser buena en vida de aquel príncipe. Al presente, que ha muerto, pregunto á mi vez dónde está la necesidad de poner de acuerdo el sentimiento del rey Osimandias con el de los sabios de Egipto. Si él hubiera contado, y sobre todo pesado, las voces, ¿quién me respondería que la palabra *remedios* no la hubiera substituído por la de *venenos*? Pero dejemos á un lado la fastuosa inscripción. Tales remedios son excelentes, convengo en ello, y ya lo repetí bastantes veces; pero ¿es ello una razón para administrarlos inconsideradamente y sin tener en cuenta los temperamentos de los enfermos? Tal alimento, que es muy bueno en sí, en un estómago enfermo no produce más que indigestiones y malos humores. ¿Qué se diría de un médico que, después de hacer el elogio de algunas viandas suculentas, dedujera que todos los enfermos deben hartarse de ellas?

He hecho ver que las ciencias y las artes enervan el valor. Gautier llama á esto una manera singular de razonar, y no advierte la unión que pueda existir entre el valor y la virtud. Esto, sin embargo, no me parece una cosa tan difícil de comprender. Aquel que una vez se ha acostumbrado á preferir su vida á su deber, no tardará mucho en

preferir también las cosas que hacen la vida fácil y agradable.

He dicho que la ciencia conviene á algunos grandes genios, pero que es siempre perjudicial á los pueblos que la cultivan. Gautier dice que Sócrates y Catón, que reprobaban las ciencias, eran, sin embargo, grandes sabios, y á esto llama haberme refutado.

Añade que Sócrates era el más sabio de los atenienses, y de ahí es precisamente de donde yo saco la autoridad de su testimonio, pero ello no impide á Gautier enseñarme que Sócrates era sabio.

Me reprocha haber dicho que Catón despreció á los filósofos griegos, y se funda en que Carneades tomaba á juego el establecer y trastornar unas mismas proposiciones, lo que previno á Catón contra la literatura de los griegos. Gautier debería explicarnos cuál era el país y la profesión de este Carneades.

Sin duda que Carneades es el único filósofo ó el único sabio que se hapreciado de sostener el pró y el contra: de otro modo, lo que dice aquí Gautier no significaría nada. Yo me remito en esto á su erudición.

Si la refutación no es abundante en buenos razonamientos, en cambio lo es bastante en bellas declamaciones. El autor substituye siempre los adornos del arte á la solidez de las pruebas que prometía al comenzar, y prodigando la pompa oratoria en su refutación, me reprocha el haberla yo empleado en un discurso académico.

«¿A qué tienden, pues, dice Gautier, las elocuentes declaraciones de Rousseau?» A abolir si

fuera posible las vanas declamaciones de los colegas. «¿Quién no se sentirá indignado al oírle asegurar que tenemos las apariencias de todas las virtudes sin poseer ninguna?» Confieso que hay un poco de adulación en decir que tenemos las apariencias, pero Gautier hubiera debido mejor que nadie perdonarme esto. «¿Por qué no hay ya virtud? ¿Es porque se cultivan las bellas letras, las ciencias y las artes?» Por eso precisamente. «Si fuéramos descorteses, rústicos, ignorantes godos, hunos ó vándalos, seríamos dignos de los elogios de Rousseau.» ¿Por qué no? ¿Y hay entre esos nombres algunos que excluya la virtud? «¿Cuándo se dejará de invectivar á los hombres?» ¿Cuándo dejarán ellos de ser malos? «¿Se creará hacerlos virtuosos, diciéndoles que carecen de virtud?» ¿Se creará hacerles mejores persuadiéndoles de que son bastante buenos? «Bajo pretexto de purificar las costumbres, ¿es lícito trastornar sus apoyos?» Bajo pretexto de ilustrar los espíritus, ¿es preciso pervertir las almas? «¡Oh, dulces nudos de la sociedad, encanto de los verdaderos filósofos, amables virtudes, por vuestros propios atractivos, y sólo por ellos, reináis en los corazones! ¡No debéis vuestro imperio ni á la aspereza estóica, ni á clamores bárbaros, ni á los consejos de una orgullosa rusticidad!»

Observaré primero una cosa agradable, y es que de todas las sectas de los antiguos filósofos que he atacado como inútiles á la virtud, los estóicos son los únicos que Gautier me abandona y que hasta me parece querer poner de mi parte; tiene razón: no puedo sentirme más orgulloso.

Pero veamos si podré enunciar exactamente en otros términos el sentido de la exclamación. «¡Oh, amables virtudes, por vuestros propios atractivos reináis en las almas! No tenéis necesidad de ese gran aparato de ignorancia y rusticidad; sabéis llegar al corazón por caminos más sencillos y más naturales. Basta saber retórica, física, metafísica y matemáticas para adquirir el derecho de poseeros.»

Otra muestra del estilo de Gautier. «Sabéis que las ciencias de que se ocupan los jóvenes filósofos en las universidades son la lógica, la metafísica, la moral, la física y las matemáticas elementales.» Si lo he sabido, lo he olvidado, como hacemos todos al volvernos razonables. «¿Son éstas, á vuestro juicio, estériles especulaciones?» Estériles, según la opinión común, pero, según la mía, muy fértiles en cosas malas. «Las universidades os deben mucho por haberles enseñado que la verdad de esas ciencias se ha hundido en el fondo de un pozo.» Yo no creo haber enseñado eso á nadie, y tal sentencia no es de mi invención, es tan antigua como la filosofía. Por lo demás, yo sé que las universidades no me deben ningún reconocimiento y no ignoraba, al tomar la pluma, que no podía á un tiempo hacer la corte á los hombres y rendir homenaje á la verdad. «Los grandes filósofos, que las poseen en un grado eminente, quedaran sin duda sorprendidos al saber que no saben nada.» Creo, en efecto, que todos esos grandes filósofos que poseen todas esas grandes ciencias en un grado eminente, quedarán muy sorprendidos al saber que no saben nada; pero me sorprendería aún más si

esos hombres que saben tantas cosas llegan algún día á saber ésta.

Extraño que Gautier, que me trata siempre con la mayor cortesía, no ahorre ninguna ocasión de suscitarme enemigos; extiende sus cuidados, respecto á esto, desde los regentes de colegio hasta el poder soberano. Gautier hace bien en justificar los usos del mundo, y ya se ve que no le son extraños. Pero volvamos á la refutación.

Todas estas maneras de escribir y de razonar, que no cuadran á un hombre de tanto talento como Gautier me parece tener, me han llevado á formar una conjetura que encontraréis atrevida y que yo creo razonable. Me acusa, seguramente sin creerlo, de no estar persuadido del sentir que sostengo. Yo sospecho, con más fundamento, que él en cambio está en el secreto de mi opinión: los cargos que desempeña, las circunstancias en que se halla, le habrán puesto en una especie de necesidad de pronunciarse en contra mía. La conveniencia de nuestro siglo es buena para muchas cosas; me habrá, pues, refutado por conveniencia; pero habrá tomado toda clase de precauciones y empleado todo el arte posible para hacerlo de modo que no persuada á nadie.

Conforme á este punto de vista, comienza por declarar muy á destiempo que la causa que defiende interesa á la felicidad de la asamblea ante la que habla y á la gloria del gran príncipe, bajo cuyas leyes tiene la dulzura de vivir. Es precisamente como si dijera: «Vosotros, señores, no podeis, sin incurrir en ingratitud hacia vuestro respetable protector, dispensaros de darme la razón,

y además es vuestra propia causa la que defiende ante vosotros. Así, por cualquier lado que miréis mis pruebas, tengo el derecho de contar con que no pondréis dificultades á su solidez.» Yo creo que el hombre que habla de este modo tiene más intención de cerrar la boca á las gentes que deseo de convencerlas.

Si leéis atentamente la refutación, apenas encontraréis en ella una sola línea que no parezca estar allí para esperar é indicar su respuesta. Un sólo ejemplo bastará para hacerme entender.

«Las victorias que los atenienses tuvieron sobre los persas y sobre los lacedemonios mismos hacen ver que las artes pueden asociarse con la virtud militar». Yo pregunto si no es esto una indicación para recordar lo que dije sobre la derrota de Jerjes y para hacerme pensar en el desenlace de la guerra del Peloponeso. «Su Gobierno, convertido en venal bajo Pericles, toma una nueva faz: el amor al placer ahoga la bravura, las funciones más honrosas son envilecidas, la impunidad multiplica los malos ciudadanos, los fondos destinados á la guerra son destinados á alimentar la mollicie y la ociosidad; pero todas estas causas de corrupción ¿qué relación tienen con las ciencias?» ¿Qué ha hecho aquí Gautier sino recordar toda la segunda parte de mi discurso donde demostré dicha relación? Observad el arte con que nos da por causas los efectos de la corrupción, á fin de empeñar á todo hombre de buen sentido en remontarse él mismo á la primera causa de estas supuestas causas. Observad también cómo para dejar reflexionar al lector finge ignorar lo que no

puede suponerse que ignore efectivamente y lo que todos los historiadores dicen con unanimidad: que la depravación de las costumbres y del Gobierno de los atenienses fué obra de los oradores. Es, pues, indudable que el atacarme de esta manera, equivale á indicarme claramente las respuestas que debo dar.

Esto no es, sin embargo, más que una conjetura que no pretendo garantizar. Gautier no aprobaría acaso que yo justificase su saber á expensas de su buena fe; pero si, en efecto, ha hablado sinceramente al refutar mi discurso, ¿cómo él, profesor de historia, profesor de matemáticas, miembro de la Academia de Nancy, no desconfía un poco de los títulos que lleva?

No replicaré, pues, á Gautier. Es cosa resuelta. No podría nunca responder seriamente y seguir la refutación al detalle, porque estaría muy poco puesto en razón reconocer los elogios con que Gautier me honra, y emplear contra él el *ridiculum acri*, la ironía y la amarga burla. Temo ya que tenga que quejarse demasiado del tono de esta carta; por lo menos no ignoraba, al escribir su refutación, que atacaba á un hombre que no hace de la cortesía caso bastante para querer aprender de ella á disfrazar su sentir.

Por lo demás, estoy dispuesto á hacer á Gautier toda la justicia que le es debida. Su obra me parece la de un hombre de talento y que tiene bastantes conocimientos: otros encontrarán acaso en ella filosofía; en cuanto á mí, encuentro en ella mucha erudición.

Soy de todo corazón, señor, etc.

P. S. Acabo de leer en la *Gaceta de Utrecht*, del 22 de Octubre, una pomposa exposición de la obra de Gautier, y esta exposición parece hecha expresamente para confirmar mis sospechas.

Un autor, que tiene alguna confianza en su obra, deja á los demás el cuidado de hacer el elogio y se limita á hacer de ella un buen extracto: el de la refutación; ha procedido con desorientación tanta, que aunque únicamente recae sobre bagatelas que yo no había empleado más que para servir de transiciones, no hay una sola sobre la que un lector juicioso pueda estar de acuerdo con Gautier.

No es cierto, según él, que la historia saque su principal interés de los vicios de los hombres.

Yo podría dejar las pruebas de razonamiento, y para poner á Gautier en su terreno, le citaré autoridades.

«¡Felices los pueblos cuyos reyes han hecho poco ruido en la historia! Si los hombres llegaran á ser todos sabios, su historia á nadie entendería.»

Gautier dice, con razón, que una sociedad que estuviera enteramente compuesta de hombres justos, no podría subsistir sin leyes, y deduce de esto que no es cierto que sin las injusticias de los hombres la jurisprudencia sería inútil. ¿Cómo un autor tan sabio puede confundir la jurisprudencia y las leyes?

Yo podría todavía dejar las pruebas de razonamiento, y para poner á Gautier en su terreno, le citaré hechos.

Los lacedemonios no tenían jurisconsultos ni

abogados; sus leyes tampoco estaban escritas; sin embargo, tenían leyes. Me remito á la erudición de Gautier para saber si las leyes estaban peor observadas en Lacedemonia que en los países donde abundan los hombre de ley.

No me detendré en todas las minucias que sirven de texto á Gautier y que expone en la *Gaceta*; pero acabaré por esta observación, que someto á vuestro examen.

Demos en todo la razón á Gautier, separando de mi discurso todo lo que él ataca, y mis pruebas no habrán perdido nada de su fuerza. Quitemos del escrito de Gautier todo lo que no toca al fondo de la cuestión, y no quedará en él nada.

Siempre es mi conclusión que no hay por qué responder á Gautier.

CARTA AL REY DE POLONIA,
DUQUE DE LORENA,

SOBRE LA REFUTACIÓN DEL «DISCOURS»

HECHA POR ESTE PRINCIPE

Debería más bien dar las gracias que una réplica al autor anónimo (21) que acaba de honrar mi discurso con una crítica; pero lo que debo al reconocimiento no me hará olvidar lo que á la verdad debo, y no olvidaré nunca, sobre todo, que cuantas veces se trata de algo que atañe á la razón, los hombres entran en el derecho de la naturaleza y recobran su primitiva igualdad.

El discurso á que tengo que dar satisfacción está lleno de cosas muy ciertas y muy bien probadas, á las que nada tengo que contestar, porque, aunque en él se me califique de doctor, me molestaría bastante ser del número de aquéllos que pretenden dar respuesta á todo.

Mi defensa no por eso será menos fácil, y se limitará á comparar con mi sentir las verdades con que se me quiere objetar, porque si pruebo que esas verdades no le atacan, creo que lo dejaré bastante bien defendido.

Puedo reducir á dos puntos principales todas las proposiciones establecidas por mi adversario: